

Nota editorial

En nuestro interés por preservar la integridad histórica de la Revista Educación, todos los artículos de la colección se presentan en su estado original.

Por esto la calidad visual varía de un artículo a otro y de acuerdo a su fecha de publicación.

SECCIÓN HUMANÍSTICA

CARTAS FAMOSAS

CINCO CARTAS DE AMOR DE SOR MARIANA DE ALCOFORADO*

JOSÉ MARÍA GARCÍA RODRÍGUEZ

A manera de prólogo

Por extraño que parezca, a la vida literaria llegan con más facilidad los afectos evocados y expresados por un alma ajena que recibe ese mensaje, que la sinceridad de una pasión, en exaltación, satisfacción o queja, que se encaminen a la persona amada.

La literatura Castellana, Castilla en sí, y aquella parte de España que se ha de considerar prolongación de Castilla, preocupados por la honra o por la mística, viven de espaldas al amor. La protagonista de una gran locura de amor castellano, es reina y loca, pero no cuerda que enloquece de amor. Tampoco don Quijote enloquece por amor de Dulcinea, sino que le traen previamente enloquecido los libros de caballerías. La cazurrería castellana, para uno de sus escasos y en esta ocasión irreal mito de amor, "Los amantes de Teruel", compuso un refrán sangriento: tonta ella y tonto él.

Los enloquecimientos de amor y los grandes símbolos o las grandes figuras reales de inmenso amor, son cosa de Galicia y Portugal. Por esta razón no es extraño que carezca la literatura castellana de un epistolario amoroso siquiera de un mediano valor y gracia. Y es necesario encontrarle, para ver desnudo un corazón femenino, para conocer lo que es un corazón femenino sacudido por el amor apasionado y víctima luego de la indiferencia y del abandono, en cinco cartas escritas por una monja portuguesa, joya de la literatura hermana, y hasta ahora poco conocidas por razones obvias. En España no se podían airear. Y es muy curioso que el ensayo dedicado por la Condesa de Pardo Bazán a Sor Mariana de Alcoforado, a quien calificó de "La Eloísa portuguesa", publicado en "La España Moderna", no figure en la colección de sus obras completas. Ortega y Gasset sólo menciona a Sor Mariana.

Los Alcoforado constituían una familia hidalga en Portugal. La heráldica lusitana nos conservó su escudo: un ajedrezado de plata y azur y en otro cuartel un águila azul en vuelo, sobre campo de plata. Asentada en Beja, pasó un terrible drama de amor. El duque de Praganza mató a don Antonio Alcoforado, por celos que le entraron de amores ilícitos con doña Leonor de Mendoza, la duquesa, a quien

* Reproducido con el permiso del señor José María García Rodríguez.

también mató. A pesar de ello, el padre de sor Mariana tomó partido por los Braganza, contra los castellanos, al producirse la independencia portuguesa y luchó con heroísmo y denuedo. Por ese año, 1640, nacía sor Mariana. Se casó moza, enviudó pronto y profesó en el Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Beja, la ciudad solariega de su familia, en el Alemtejo. Las reglas monásticas estaban por aquel entonces bastante relajadas. Las monjas rizaban los cabellos, llevaban trajes con escotes, se alcoholaban los ojos para ennegrecerlos, y pláticas, regalos, misivas, entrevistas, rencillas y otras mundanidades constituían el diario quehacer. Apenas compensado por los halos místicos, los éxtasis desbordados y las predicaciones austeras de frailes exaltados, que veían a las monjas caer en el infierno, en tanta abundancia como hojas de árboles sacudidos por el vendaval.

Sor Mariana contaba treinta años de edad, cuando el cardenal Mazarino envió un cuerpo expedicionario a Portugal, a las órdenes del general Schomberg, para ayudar a los lusos en las guerras que sostenían contra España. Uno de sus oficiales se llamaba Noel Bouton y se titulaba señor de Chamilly de Saint-Leger. Los aguerridos y disciplinados militares hicieron prácticas y desfiles en Beja. Sor Mariana desde el balcón del convento los presenció con las otras monjas. ¿Qué hizo para llamar la atención del oficial francés? ¿Por qué el oficial francés se fijó en ella?

Ya eran por entonces letra muerta las leyes portuguesas que imponían largos años de prisión a las religiosas que recibiesen a hombres en sus celdas. Durante año y medio vivieron los suyos, Noel Bouton y sor Mariana, en el propio monasterio, con la complicidad de otra religiosa llamada doña Brites, y sin escándalo de las personas que de tales amores debieron enterarse. Después, el oficial volvía a su patria cargado de frescos laureles, pese a los ruegos de sor Mariana, pese a las ocasiones propicias de quedarse en Portugal. Y de allí no regresó. Continuó su carrera, llegó a mariscal de Francia, pero nadie le recuerda por sus glorias militares, sino por este episodio amoroso con una monja, burlada, preterida y olvidada.

A sor Mariana de Alcoforado, sus compañeras de religión hicieron lo posible por aminorarle la amargura. Continuó en el monasterio, la rodearon de cariño, le dieron trabajos humildes, como el de portera, donde el trato con otras personas la distrajese y arrepentida de su yerro —si yerro fue— llegó a muy provecta edad. Hace un año se cumplieron los doscientos cincuenta de su muerte.

En cuanto a las cartas, Noel Bouton debió facilitarlas para vanagloriarse de su aventura amorosa a personas que las copiaron. Se publicaron por primera vez en París el 28 de octubre de 1668 y

se leyeron apasionadamente. La condesa de Pardo Bazán dice que cuanto en las cartas —famosísimas— de madame de Sevigné es aticismo, se convierte en sor Mariana en la sinceridad de un corazón, inflamado de amor al principio, después ultrajado y desesperado al final.

Los grandes ingenios portugueses se ocuparon de estas cinco impresionantes joyas literarias. Alexandre Herculano y Camilo Castellano-Branco, con cierto escepticismo, Teófilo Braga con delirante entusiasmo. Pero sólo Luciano Cordeiro, agotó la investigación, determinó la autenticidad indudable, comprobó fechas y citas, personas y sucesos, aclaró presunciones y dejó triunfante la realidad de ese amor y la expresa belleza epistolar de su crónica.

SOR MARIANA DE ALCOFORADO

CINCO CARTAS DE AMOR

Traducción del portugués por José María García Rodríguez

NOTA DEL TRADUCTOR—

El 28 de julio de 1723 falleció en el convento de Nuestra Señora de la Concepción de Beja, Alemtejo, Portugal, sor Mariana de Alcoforado. Tenía al morir la proveya edad de ochenta y siete años.

Su nombre, oscurecido durante mucho tiempo, pasó a primer rango en la literatura portuguesa al ser editadas cinco cartas de amor, que por su belleza, sentimientos apasionados y contradictorios, pena que le desgarraba el alma, estados de esperanza transitoria y fugaz y una muy feliz expresión, constituyen, más que una curiosidad literaria, un documento humano de alto valor.

Sor Mariana entró después de viuda en el convento. Sin salir de él se prendó de la gallardía de un capitán francés — Noel Bouton — señor de Chamilly de Saint Leger, que combatía por la independencia de Portugal contra las tropas de España. No le faltaron complicidades de sus mismas compañeras de claustro y entre el gallardo militar y la bella monja portuguesa surgió un romance de amor, roto súbitamente cuando el capitán Noel Bouton regresó a Francia. Continuó una carrera militar de cierta brillantez, pues llegó a mariscal de sus ejércitos y su nombre se hubiese oscurecido definitivamente, sin el breve y fugaz amorío con la monja alemtejana.

Las cartas tuvieron su primera edición en lengua francesa. Pasaron después a ser traducidas al portugués. Luciano Cordeiro demostró de manera convincente su autenticidad y la realidad histórica de sor Mariana. A las ediciones de las cartas verdaderas,

siguieron otras de cartas apócrifas y no conozco en lengua castellana más ensayos sobre estos amores y cartas, que el escrito por doña Emilia de Pardo Bazán con el título de “La Eloísa portuguesa” y el que yo mismo publiqué en la Revista “La Torre”, de la Universidad de Puerto Rico, con el título de “Las cartas de amor de una monja portuguesa”, al cual refiero a cualquier lector, deseoso de más amplias noticias sobre este tema.

PRIMERA CARTA

¡Considera, amor mío, cuán grande fue tu descuido al no prever lo que había de sucedernos!

¡Ah, infeliz! fuiste engañado y me traicionaste con lisonjeras y mentirosas esperanzas.

Un afecto sobre el que habías cimentado tantos proyectos deleitosos y del que te prometías infinito placer, te arrastra ahora a una desesperación mortal, sólo comparable, en crueldad, a la ausencia que la ocasiona.

¿Y ha de ser esta ausencia, para la cual todavía mi dolor, por ingenioso que sea no ha sabido encontrar nombre asaz funesto la que haya de privarme de contemplar aquellos ojos en los que divisaba tanto amor, y que me hacían conocer afectos que inundaban mi pecho de alegría, y lo eran todo para mí, todo lo llenaban y en todo me satisfacían?

¡Ay de mí! Mis ojos quedaron sin la única luz que los animaba, solamente les restan las lágrimas; no les doy otro uso, sino el de llorar continuamente, desde el instante en que te supe resuelto a una separación, tan insufrible para mí, que en breve tiempo me llevará a morir.

Me parece, sin embargo, que de algún modo estoy ligada a esos infortunios, de los cuales eres la única causa.

Desde que te vi, te dediqué mi vida y siento en cierto modo, placer al sacrificarla por ti.

Millares de veces en el día van a ti mis suspiros, que te buscan por doquier y no me traen otra recompensa a tantas inquietudes sin un aviso, en exceso sincero, de mi mala fortuna; ella, con toda crudeza, no me consiente lisonjas y a cada instante me repite: “Cesa, cesa, Mariana desdichada, de consumirte en vano; de perseguir a un amante que jamás volverás a ver, que pasó los mares para huir de ti, que vive en Francia entregado a sus delicias y que ni un solo momento se preocupa de tus pesares, que te exime de todos esos arrebatos y que no sabe agradecértelos. . .”

Pero no, yo no puedo decidirme a formar de ti un concepto tan

afrentoso y pongo cuidadoso interés en justificarte. No quiero ni imaginar que te hayas olvidado de mí.

¿Acaso no soy ya lo bastante desventurada, para que todavía me haya de atormentar con falsas sospechas?

¿Para qué esforzarme en borrar de la memoria todos los desvelos con que anhelaste darme pruebas de tu amor?

¡Ah! Me llenaron de tanto encanto esos desvelos, que yo sería una ingrata si no te amase con el arrebató a que me impelía mi pasión, al disfrutar de las pruebas recíprocas que me dabas de la tuya.

¿Cómo es posible que los recuerdos de momentos tan agradables se hayan vuelto tan crueles? ¿Por qué, necesariamente, y a despecho de su propia naturaleza, sólo sirven para tiranizar mi corazón?

¡Ay de mí! Tu última carta lo redujo a un lastimoso estado. Sus latidos fueron tan violentos que parecían esfuerzos por separarse de mí, para reunirse contigo.

Quedé tan abatida por estas emociones que caí en un desmayo de más de tres horas, perdido todo el sentido.

Luchaba de ese modo contra la vida que no quería recobrar, pues debo perderla por ti, ya que no puedo conservarla para ti...

En fin, volví, mal de mi grado, a ver la luz...

Me complacía el sentir que moría de amor... Y anhelaba de veras cesar para siempre de sufrir las angustias de un corazón despedazado por el dolor de tu ausencia.

Después de ese accidente, padecí muchos y muy diversos quebrantos; pero, ¿cómo podré yo vivir sin males, mientras no vuelva a verte?

Sabré soportarlos, sin murmurar, porque de ti provienen.

¿Cómo? ¿Habrá de ser ese el pago que me das por haberte amado con extremada ternura?

No importa.

Estoy resuelta a adorarte durante toda mi vida y a no ver a persona alguna... Y te aseguro que tú harías muy bien en no amar a nadie.

¿Acaso podría darte contento otra pasión menos ardiente que la mía?

Encontrarías tal vez una mayor hermosura — pese a que en otro tiempo me dijiste que no me faltaba gentileza — pero nunca habrías de alcanzar tanto amor. Y todo lo demás no cuenta.

Deja de llenar tu carta de ociosidades: no me escribas que me acuerde de ti.

Yo no puedo olvidarte, ni tampoco olvido la esperanza que me diste de regresar para estar conmigo algún tiempo.

¡Ah! ¿Por qué no quieres pasar así toda la vida?

Si me fuese posible salir de esta malhadada clausura, no esperarí­a, por cierto, en Portugal, el cumplimiento de tus promesas; partiría en el acto a buscarte, seguirte y amarte por todo el mundo.

Yo no me atrevo a llenarme de halagos con esa posibilidad, y no quiero abrigar una esperanza que me proporcionaría de seguro algú­n placer, porque sólo quiero ser receptiva a mis pesares.

Confieso, ahora, que mi hermano, al darme una ocasi3n de escribirte, me produjo la sorpresa de un alegre gusto y olvidé por un instante la desesperaci3n en que vivo.

Te conjuro a que me digas, ¿por qué con tanto ahínco querías fascinarme —y lo conseguiste— si estabas seguro de que me ibas a abandonar?

¡Ah!, dime, ¿por qué motivo te ensañaste conmigo para hacerme desgraciada?

¿Por qué no me dejaste tranquila en mi claustro?

¿Qué injuria o qué mal te hice?

Pero, perd3name.

No te imputo culpa alguna.

No me siento con fuerzas para buscar mi venganza; acuso ú­nicamente al rigor de mi acerbo destino.

Pienso que, al habernos separado, nos hemos hecho todo el mal que podíamos temer.

Separar nuestros corazones es imposible. El amor, m3s poderoso que el sufrir, los at3 para toda nuestra vida.

Si tienes algú­n inter3s en la conservaci3n de la mía, escríbeme con frecuencia.

Bien merezco el cuidado y la atenci3n de que me cuentes el estado de tu coraz3n y de tu suerte.

Sobre todo, ven a verme.

¡Adi3s! No puedo desprenderme de este papel que ha de ir a tus manos. ¡Bien quisiera tener igual dicha!

¡Ay, qué locura la mía! ¡Todavía no quiero darme cuenta de que eso no es posible!

¡Adi3s! No puedo m3s...

¡Adi3s!

¡Amame sin reposo y hazme padecer m3s todavía!

SEGUNDA CARTA

Tu teniente me acaba de decir que la fuerza de una tormenta te llev3 de arribada a un puerto en el reino del Algarbe.

Imaginé que sufriste mucho en el mar y esta aprensi3n se apoder3 de mí tan vivamente que no me preocupé de mis males.

¿Acaso estás persuadido de que tu teniente pone más interés que yo en todo lo que te suceda?

¿Por qué razón llegaron a él esas noticias antes que a mí? Finalmente, ¿por qué no me escribiste?

Soy bien desdichada si no encontraste ocasión de hacerlo después de tu partida y más infeliz todavía si, teniendo la ocasión, no me escribiste.

Tu injusticia y tu ingratitud son extremas. Pero me afligiría hasta la desesperación si te hubiese ocurrido cualquier infortunio; quiero mejor que no seas castigado por ellas, que verme vengada.

Resisto todas las apariencias que deberían convencerme de que me quieres muy poco, y siento mayor propensión a abandonarme con ceguera a mi pasión, que a reprocharte las razones que tengo para quejarme de tu falta de atención y cariño.

¡De cuántas inquietudes me habrías librado, si tu proceder hubiese sido tan remiso y lánguido en los primeros días en que te vi, como me parece que lo es ahora, de algún tiempo acá!

Pero, ¿quién no se dejaría engañar, como yo, por tantos desvelos y a quién no le hubiesen parecido sinceros?

¡Qué trabajo nos cuesta decidarnos a sospechar de la buena fe de aquellos a quienes amamos!

Veo muy bien que la más pequeña disculpa te es suficiente; pero, antes de que tú procures darme otras, el amor que siento por ti, con tanta fidelidad te sirve, que no tolera que tus culpas sean descubiertas, como no sea para gozar del entrañable placer de justificarte yo misma.

¡Me consumiste con tu asidua perseverancia, me inflamaron tus arrebatos, me encantaste con tus finezas, me convenciste con tus juramentos y mi apasionada inclinación me sedujo! y las consecuencias de estos comienzos tan agradables y tan venturosos son ahora lágrimas y gemidos y un funesto morir, sin que yo pueda encontrar algún remedio!

¡Es verdad que, amándote, gocé de maravillosos deleites, que hoy me cuestan extraordinarias amarguras!

¡Todas las inquietudes que me causas son extremadas!...

Si yo hubiese resistido tu amor, si te hubiese dado cualquier motivo de enojo o de celos, para más inflamarte; —si hubieses notado en mi proceder alguna reserva artificiosa;— si yo, en fin, hubiese querido oponer la razón a la natural inclinación que hacia ti sentía, y de la cual con premura me advertiste, — aunque mis esfuerzos, sin duda, hubiesen resultado inútiles; — podrías castigarme con severidad, haciendo uso de todo tu poderío.

Pero me pareciste amable, antes de haberme dicho que me querías; juraste sentir por mí la pasión más grande; quedé absorta con la satisfacción y me entregué perdidamente a tu querer.

Tú no estabas ciego como yo; ¿por qué permitiste que cayese en el estado miserable, en que me encuentro?

¿Qué hubieses querido hacer con mis arrebatos, que no podían dejar de ser importunos?

Tú sabías que no habías de permanecer siempre en Portugal; ¿y por qué, a tu gusto, me escogiste para hacerme desgraciada? En este país pudiste encontrar, sin duda, cualquier otra mujer más hermosa, con la cual habrías disfrutado de iguales placeres, pues sólo procurabas los groseros; ella te habría amado con fidelidad, mientras te tuviese delante de los ojos, y el tiempo con facilidad la hubiese consolado de tu ausencia, y la habrías podido abandonar, sin perfidia y sin crueldad...

Tu proceder es más propio de un tirano endurecido en perseguir que de un amante que sólo debe esforzarse en agradar. ¡Ay de mí! ¿Por qué tratas con tanto rigor a un corazón todo tuyo?

Veo con claridad que eres tan dócil para dejarte persuadir en mi contra, como yo lo fui para dejarme persuadir en tu favor.

Yo habría resistido sin el estímulo de mi amor, y sin la más leve creencia de haber realizado hazaña alguna, mayores razones que pudieran obligarte a dejarte...

Todas me hubiesen parecido muy débiles y ninguna hubiese tenido la fuerza de arrancarme de tu lado...

Pero tú quisiste aprovechar los pretextos más fútiles para regresar a Francia...

Un navío partía...

¡Déjalo que parta!...

Tu familia te había escrito...

¿Ignoras las persecuciones que sufrí de la mía?

Por razones de honor te veías obligado a abandonarme...

¿Me preocupé yo del mío?

Tenías obligación de ir a servir a tu rey...

Si todas las cosas que de él se dicen fuesen verdad, podría prescindir de tus servicios y sabría disculparte...

Hubiese sido realmente afortunada si juntas transcurriesen nuestras vidas; pero ya que era forzoso que una ausencia cruel nos separase, creo que debo sentir una gran satisfacción por no haberte sido infiel, y no quisiera, por cuanto hay en el mundo, haber cometido tan reprochable acción.

¡Cómo! Conociste el fondo de mi corazón, los extremos de mi

ternura, ¿y pudiste decidirte a dejarme para siempre, a exponerme a los sobresaltos de tu olvido y al recelo de que te acuerdes de mí nada más que para sacrificarme a una nueva pasión...?

Visto está que te amo como una loca.

Sin embargo, no me quejo de todos los violentos ímpetus de mi corazón.

Estoy habituada a sus desasosiegos y mal podría vivir sin el particular placer que descubro y disfruto al amarte entre mil pesares y dolores...

Pero me mortifica sin cesar el enojo y la aversión que a todo siento.

Mi familia, mis amigos y este convento me son insoportables. Todo lo que he de ver por obligación y todo lo que por necesidad he de hacer, me es odioso...

Tan celosa estoy de mi pasión, que, a mi parecer, todas mis acciones y todos mis deberes te pertenecen...

Sí, tengo escrúpulo si a ti no dedico todos los momentos de mi vida...

¿Qué haría —¡ay de mí!— sin el gran odio y el gran amor que mi corazón llena? ¿Podría yo sobrevivir a lo que continuamente me ocupa, y llevar una vida lánguida y tranquila...?

No, semejante vacío y una tal insensibilidad no me convienen.

Todos se han dado cuenta de la mudanza completa de mi carácter, de mi manera de ser, de mi persona...

Mi madre me habló de ello al principio con desabrimiento luego con alguna bondad...

No sé qué le respondí.

Me parece que le confesé todo...

Las más austeras religiosas se compadecen del estado en que me ven; hasta es causa de que muestren cierta consideración y mimo hacia mí...

A todos conmueve mi insano amor... Y tú, solamente tú, permaneces en profunda indiferencia, sin escribirme nada más que cartas frías, con frases repetidas, que no llenan la mitad del papel y que, de modo grosero, dan a entender que morías con la impaciencia de acabarlas...

Doña Brites me instó, hace algunos días, a salir de mi aposento y por creer que me distraería, me llevó a la barandilla desde donde se ve Mértola...

La seguí, sí; pero allí, me asaltaron de inmediato recuerdos crueles que me hicieron derramar lágrimas todo el resto del día...

Regresé y, en cuanto llegué, me eché sobre la cama, presa de mil

reflexiones sobre las pocas esperanzas que me restan de curarme. Todo lo que se hace por aliviarme exaspera mi dolor, y encuentro en los remedios mayores motivos de afligirme.

En aquel lugar te vi pasar muchas veces con un garbo y gentileza que me encantaban. Me encontraba en esa barandilla el día fatal en que comencé a sentir los primeros efectos de mi desdichada pasión.

Me pareció que deseabas agradarme, aún antes de conocerte.

Me persuadí de que, entre todas mis compañeras, te habías fijado en mí.

Imaginé, cuando te retrasabas, tu afán de que yo admirase la destreza con que gobernabas tu caballo. Me sorprendió el susto que experimenté, cuando lo hiciste pasar por un lugar escabroso.

En fin, en secreto, estaba interesada en todas tus acciones.

Sabía que no me eras indiferente y me atribuía cuanto realizabas.

Tú demasiado conoces las consecuencias de estos comienzos y, aunque no esté obligada a guardarlas, no debo tampoco referirlas; pues recelo que aumentes tus crímenes con tantas diligencias inútiles realizadas para obligarte a serme fiel...

¡No lo serás, ingrato!

¿Cómo podré esperar de mis cartas y de mis quejas que puedan vencer tu ingratitud, si no pudieron lograr ni mi amor ni mi completo desamparo?

¡Estoy segurísima de mi infelicidad; tu inicuo proceder no me deja el menor resquicio para dudar de ella; todo lo tengo que sufrir, pues me abandonaste!

¿Tus atractivos, por ventura, únicamente tendrán poder sobre mí? ¿Dejarás tú de ser bien visto para ajenos ojos?

Creo que no rechazaría que los sentimientos de los demás justificasen de alguna manera los míos, y quisiera que todas las damas de Francia te reputasen amable, pero que ninguna te amase y que ninguna te complaciese.

Esta situación, fantástica y ridícula, es imposible; no obstante, sé de sobra, por propia experiencia, lo poco capaz que eres de una persistente afección, y que, para olvidarme, no precisas de ajeno auxilio ni de ser constreñido por una nueva pasión.

Tal vez desearía conocerte algún pretexto con apariencia de razonable. Es verdad que sería más desgraciada, pero sería menor tu culpa.

Comprendo, aunque todavía mal, que permanecerás en Francia, sin gran contento y con plena libertad.

Las fatigas de un largo viaje, algunas pequeñas obligaciones y

el temor de no saber corresponder a mis arrebatos, son las causas que te retienen.

¡Ah! No temas...

Me contentaré con verte de vez en cuando y con saber que vivimos en el mismo lugar y que respiramos el mismo aire...

Pero quizá busco halagarme; la severidad y el rigor de otra mujer te conmovieron más que mis favores...

¿Será posible que el maltrato tenga la virtud de inflamarte?

Reflexiona, sin embargo, antes de enredarte en una gran pasión, y ten en cuenta mis muchas aflicciones, la incertidumbre de todos mis proyectos, las varias agitaciones de mi alma, la extravagancia de mis cartas, mis confianzas, mi desesperación, mis anhelantes deseos y mis celos.

¡Ah! Guárdate de la infelicidad que te espera.

Te conjuro a que saques provecho del estado en que caí para que, al menos, lo que yo sufro por ti, no sea inútil.

Hará cinco o seis meses que me hiciste una molesta confidencia; me confesaste, con demasiada sinceridad, que habías amado a otra mujer en tu país...

Si es ella la que te impide regresar aquí, dímelo sin disfraces, para que termine de morir lentamente.

Alguna remota esperanza me sustenta todavía; pero, si ha de frustrarse, me gustaría perderla por completo y perderme con ella...

Envíame su retrato y alguna de sus cartas.

Escríbeme cuanto ella te diga.

Tal vez encuentre motivos para consolarme o tal vez para mayor aflicción.

No puedo tolerar por más tiempo el doloroso estado en que vivo; cualquier mudanza me resultará favorable...

Quisiera también tener el retrato de tu hermano y el de tu cuñada.

Todo lo que te pertenece me es por extremo querido; siento profunda devoción por todo lo que a ti respecta.

Nada he guardado para mí, nada de que yo misma pueda disponer...

Hay momentos en que pienso que sería capaz de someterme y hasta de ponerme al servicio de aquella a quien ames.

Es tanto lo que me han abatido tus malos tratos y desprecios, que ni siquiera me atrevo a idear que podría, a mi entender, darte celos sin desagradarte, y pienso que la mayor sinrazón en mí sería hacerte objeto de reproches.

Muchas veces me dejo convencer de que no debo manifestarte con insano furor sentimientos que desdeñas...

Hace mucho tiempo que un oficial espera por esta carta...

Había resuelto escribirla de modo que pudieses recibirla sin disgustarte, pero la encuentro demasiado *extravagante*... y es necesario terminarla.

¡Ay de mí! No me siento con fuerzas para tomar esa resolución. Me parece que te hablo cuando te escribo y que, en cierto modo, te tengo más presente...

La próxima vez que te escriba no seré ni tan extensa ni tan enfadosa. Podrás abrir la carta y leerla confiado en mi palabra.

Cierto es que no debo hablarte de una pasión que te desagrada y que no te volveré a mencionar.

Dentro de pocos días hará un año que me entregué a ti sin ninguna meditación ni comedimiento.

Tu amor me parecía muy ardiente y jamás hubiese pensado, ni por asomos, que mis favores te disgustasen hasta el punto de obligarme a caminar quinientas leguas y exponerte a naufragios, con el único propósito de alejarte de mí.

¡De nadie hubiese esperado semejante trato!

Te puedes acordar de mi pudor, de mis vacilaciones, de mi desorden, pero no podrás recordar cosa alguna que haya de obligarme, mal de tu grado, a que me quieras.

El oficial que ha de llevarte esta carta me avisa por cuarta vez que quiere partir.

¡Qué prisa tiene!

De seguro que también abandona a alguna pobre desgraciada en este país.

Adiós.

Me cuesta más trabajo acabar esta carta de lo que te costó dejarme, tal vez para siempre.

Adiós.

No me atrevo a darte mil tiernos nombres, ni a abandonarme, libre de cualquier preocupación, a mis afectos...

Te amo mil veces más que a mi propia vida y mil veces más de lo que imagino.

¡Cuánto te quiero y cuán cruel eres conmigo!

¡Tú no me escribes!

No pude cohibirme de repetírtelo.

Vuelvo a empezar y el oficial partirá...

¿Qué importa? ¡Váyase norabuena!

Yo escribo más para mí que para ti...

Quiero desahogarme; de modo que mi larga carta te vaya a meter miedo...

No vas a leerla.

¿Qué he hecho yo para ser tan desdichada? ¿Y porqué envenenaste mi vida?

¡Ah! ¿Por qué no nací en otra tierra?

Adiós, perdóname...

No me atrevo a pedirte que me ames...

¡Mira a qué términos me sedujo el destino...!

Adiós.

TERCERA CARTA

¿Qué será de mí y qué deseas tú que yo haga?...

¡Estoy muy lejos de cuanto me imaginé!

Esperaba que me escribieses desde todos los puntos por donde pasases; que tus cartas fuesen muy extensas; que alimentases mi pasión con las esperanzas de volverte a ver; que una entera confianza en tu fidelidad me proporcionase alguna especie de alivio; quedaría de ese modo en un estado soportable, sin extremo dolor. :

Había formado, incluso, algunos vagos proyectos de realizar los esfuerzos que me fuesen posibles para curarme; en el caso de saber, con certeza, que me habías relegado a completo olvido.

Tu ausencia; algunos toques devotos; el recelo natural a arruinar la poca salud que me resta, debido a largas vigilias e inquietudes; la escasa probabilidad de tu regreso; la frialdad de tu afecto y de tus últimos adioses; tu partida apoyada en frívolos pretextos; mil otras razones por demás buenas y por demás inútiles, parecían prometerme un auxilio asaz seguro, si viniese a serme necesario.

Obligada a combatir sólo conmigo, mal podía desconfiar de mis muchas flaquezas ni enterarme de todo lo que hoy sufro...

¡Oh, triste de mí! ¡Cuánta compasión merezco, pues visto está que no somos partícipes de las mismas penas sino tan sólo yo la desventurada!

Este pensamiento me mata y muero de espanto al pensar que jamás hayas sido sensible en extremo a nuestros placeres.

Ahora sí que reconozco la mala fe de todas tus caricias...

Me engañabas cada vez que me decías que tenías sumo gusto en estar a solas conmigo.

Tus transportes de amor y desvelos los debo solamente a haberte importunado.

A sangre fría tomaste la decisión de abrazarme y consideraste

mi pasión como un trofeo, sin que llegase a conmoverse entrañablemente tu corazón.

¿No habrás tenido que ser harto infeliz y hombre de muy poca delicadeza, para no recoger otro fruto de mis arrebatos?

¿Y cómo es posible que habiéndote querido tanto, no te haya podido hacer completamente venturoso?

Lamento, por el amor que siento por ti, que hayas perdido deleites infinitos.

¿Por qué fatalidad te resististe a disfrutarlos? ¡Ah! Si los conocieses, encontrarías sin duda que son más profundos que la satisfacción de haberme seducido, y habrías experimentado que somos más felices y sentimos deleites de más finos quilates al amar ardientemente que al ser amados!

No sé ya ni lo que soy ni lo que hago ni lo que deseo...

¡Mil contrarios tormentos me despedazan!

¿Quién podría imaginar un estado más deplorable?

Te amo como una loca y modero mis sentimientos hacia ti hasta no atreverme tal vez a desearte las mismas tribulaciones y los mismos arrebatos que me agitan.

Me mataría, y de no hacerlo moriría de dolor, si tuviese la certeza de que careces de descanso, que vives perturbado y descarriado, que no cesas de verter lágrimas y que todas las cosas te son aborrecibles...

Yo, que no siento con fuerzas para sufrir mis propios males, ¿cómo podría soportar el dolor que me causasen los tuyos, mil veces más penetrantes?

Sin embargo, no puedo resolverme a desear que no me lleses en tu pensamiento, y, para hablarte con sinceridad, siento furiosos celos de todo lo que te pueda causar alegría, conmover tu corazón o darte gusto en Francia.

Ignoro por qué razones te escribo.

Veo que apenas te dolerás de mí y yo rechazo tu compasión y nada quiero de ella.

Me enojo conmigo misma cuando reflexiono en todo cuanto sacrificué.

Perdí mi reputación, me expuse a las iras de mis padres y de mis parientes, a las severas leyes de este Reino contra las religiosas... y a tu ingratitud que me parece la mayor de todas las desgracias.

A pesar de todo, creo que mis remordimientos no son verdaderos, y que en lo íntimo de mi corazón quisiera haber corrido mayores riesgos por tu amor, y saboreo un funesto placer al haber arriesgado por ti mi vida y mi honra.

¿Por ventura no estaba obligada a entregarte todo lo que me fuese más precioso?

¿Y no debo estar satisfecha de haberlo empleado en ti como lo hice?

Me parece que no estoy contenta de mis penas y de mi excesivo amor, aunque — ¡ay de mí! — no pueda lisonjearme, mal pecado, de estar contenta de ti.

Vivo, y como desleal hago tanto por conservar la vida cuanto por perderla.

Muerto de vergüenza... ¿caso mi desesperación solamente existe en mis cartas?

Si yo te amase con aquella intensidad que tantas veces te dije, ¿no habría cesado de vivir hace ya luengo tiempo?

Te engañé... Tienes toda la razón para quejarte de mí... ¡Ah! ¿Y por qué no te quejas?

Te vi marchar... Ninguna esperanza me queda de volverte a ver, y todavía respiro... ¡Es una traición...!

Te pido perdón por ella.

Pero no me lo concedas.

Trátame con todo rigor.

No juzgues demasiado vehementes mis sentimientos...

Sé más difícil de contentar.

Ordéname en tus cartas que me muera de amor por ti.

¡Oh! Te conjuro a que me prestes esa ayuda, para que pueda vencer la flaqueza de mi sexo, y poner término a mis irresoluciones con un golpe de verdadera desesperación.

Un trágico fin te obligaría, sin duda, a pensar en mí muchas veces...

Mi memoria te sería querida y quizá esta muerte imprevista te causaría una honda conmoción...

¿No es la muerte, por ventura, preferible a mi estado de humillación?

¡Ah! Reconozco muy de veras la falsedad de este sentimiento, y reconozco en este mismo instante en que te escribo lo mucho que prefiero el precio de ser infeliz amándote al de no haberte visto jamás.

Me resigno sin murmuraciones a mi malhadada suerte, ya que tú no quisiste hacerla mejor.

Adiós.

Prométeme conservar de mí una tierna y amorosa añoranza, si yo me muriese de dolor; y que pueda así, al menos, la violencia de mi pasión inspirarte disgusto y apartarte de todo.

Este consuelo me será suficiente y si no tiene remedio que haya

de abandonarte para siempre, desearía profundamente no dejarte para otra.

Dime, ¿no sería extraordinaria crueldad de tu parte servirte de mi desesperación para hacerte más digno de amor, al demostrar que has encendido la mayor pasión que existió en el mundo?

Adiós otra vez.

Te escribo cartas excesivamente largas y eso es una falta de consideración hacia ti; te pido mil perdones y me atrevo a esperar que tendrás alguna indulgencia para con una pobre insensata, que no lo era, tú bien lo sabes, antes de amarte.

Adiós.

Creo que muchas veces me dilato al hablar del estado insoportable en que me encuentro.

Con todo, te agradezco desde lo íntimo del corazón la desesperación que me causas y aborrezco la quietud en que viví antes de conocerte...

Adiós.

Mi pasión crece por momentos.

¡Ah, cuántas cosas tendría todavía que decirte!

CUARTA CARTA

Me parece que menoscabo mucho los sentimientos de mi corazón al escribirte y procurar ofrecerte de ellos un conocimiento perfecto.

¡Cuán venturosa sería yo, si tú pudieses estimarlos en su justo valor por la vehemencia de los tuyos!

Pero ni tú eres capaz de juzgarlos ni yo debo poner esa confianza en ti; por tal razón me veo obligada a decirte, y con menos ímpetu y viveza, de lo que siento, que no debieras maltratarme, como lo haces, demostrando hacia mí un olvido que me desespera y que es ocasión de vituperio para ti.

Es muy justo, al menos, que toleres las quejas de los infortunios por mí previstos, desde que supe tu resolución de abandonarme.

Bien sé que me engañé al pensar que tendrías conmigo un proceder de muy buena fe de lo que hoy es costumbre; porque me parecía que el excesivo amor me hacía superior a todas y a salvo de cualquier sospecha y merecía de ti una fidelidad mayor que la que se encuentra de ordinario; pero tu propensión a traicionarme venció lo que en justicia me debías, por todo cuanto por ti hice.

Sin embargo, no dejaría de ser muy desdichada si supiese que me amabas únicamente porque yo te amo, pues quisiera deberlo todo a tu propia inclinación.

Pero está tan lejos de ser así, que han pasado seis meses sin que haya recibido una sola carta tuya.

Todas estas desgracias las atribuyo a la ceguera con que me abandoné a quererte.

¿No debería prever que todo mi contento acabaría más de prisa que mi amor?

¿Podía yo esperar que renunciases a tu fortuna y a tu país para ocuparte solamente de mí?

Mis penas no admiten alivio alguno y el recuerdo de mis aventuras corona mi desesperación.

¿Cómo así? ¿Todos mis deseos se frustraron y no volveré a verte en mi celda, arrebatado por la ardiente pasión que me mostrabas?

Pero ¡ay de mí! ¡Cuánto me engaño! Demasiado conozco ahora que todo el alborozo que se apoderó de mi cabeza y de mi corazón, eran producidos en ti por algunos deleites que terminaban tan rápidamente como él.

Me hubiese sido necesario, en esos momentos felicísimos, implorar el auxilio de la razón, para moderar el funesto exceso de mis placeres y para anunciarme todo lo que al presente sufro.

Pero, entregada por completo a ti, no me encontraba en situación de pensar en lo que pudiera amargar mi júbilo, e impedirme gozar plenamente de tus ardientes demostraciones de amor.

Sentía harta satisfacción al estar contigo, para poder imaginar que un día te podrías encontrar lejos de mí.

Recuerdo, con todo, haberte dicho algunas veces que me harías desdichada; pero estos recelos inmediatamente se desvanecían y me complacía en ofrendártelos y en abandonarme al encanto y a la mala fe de tus protestas de amor.

Sé muy bien cuál sería el remedio eficaz para mis males, y de ellos me vería muy pronto libre si dejase de amarte; pero, ¡ay de mí!, qué cruel sería ese remedio...!

No, mejor quiero sufrirlos, y más que fuesen todavía, antes que olvidarte...

¡Ay! Pero, ¿depende eso de mí?

No puedo acusarme de que durante un solo momento haya querido dejar de amarte.

Se te puede compadecer a ti más que a mí; prefiero sufrir cuanto padezco a gozar de los lánguidos placeres que te den tus amigas de Francia.

No envidio tu indiferencia, — ¡me das lástima!

Te desafío a que me olvides por completo...

Me agrada haberte reducido al estado de no encontrar sin mí

placer que no sea imperfecto, y soy más feliz de lo que tú, porque vivo más ocupada.

Hace poco tiempo me nombraron portera en este convento.

Todas las personas que tienen relación conmigo presumen que estoy loca. No sé lo que les contesto y las religiosas deben ser tan insensatas como yo al juzgarme capaz de alguna misión o cuidado.

¡Oh! ¡Cuánto envidio la suerte de Manuel y de Francisco!

¿Por qué no estoy, como ellos, siempre contigo?

Hubiese partido en tu compañía, y de seguro que te serviría con mejor disposición.

Nada apetezco en este mundo más que verte.

¡Por lo menos acuérdate de mí!

Me contento con tu recuerdo, pero no me atrevo a averiguar su certeza.

En otro tiempo, no ponía término a mis esperanzas, mientras te veía a diario; pero tú me enseñaste la necesidad de una perfecta sumisión a tus deseos.

No me arrepiento, con todo, de haberte adorado.

Me contenta que me hayas seducido.

Tu dolorosa ausencia, quizá eterna, en nada disminuye la vehemencia de mi pasión.

Quiero que todos lo sepan; no la encierro en el misterio y me produce muchísima satisfacción lo que hice por tu amor, incluso contra todas las exigencias del decoro.

No hago consistir mi honra y mi devoción sino en amarte perdidamente, toda mi vida, ya comencé a amarte.

No te digo todas estas cosas para obligarte a escribirme.

¡Ah! ¡No te violentes!

Nada quiero de ti que no sea espontáneo y que no proceda de tu propio impulso, rechazo todas las pruebas de amor que por obligación me des.

Me complacería el disculparte, en razón de que te complacería tal vez rehuir el trabajo de escribirme, ¡tan profunda es mi resolución de perdonar todas tus faltas!

Un oficial francés tuvo la caridad de pasar tres horas o más conmigo, hablándome de ti; me aseguró que se había logrado la paz en Francia.

Si así es, ¿no podrías venir aquí a verme y llevarme contigo para Francia? Pero no merezco tanto, haz todo lo que te agrade...

Mi amor no depende ahora de la forma en que me trates...

Después de tu partida no he tenido un solo momento de salud, ni siento alivio sino repetir tu nombre mil veces al día.

Algunas religiosas que saben el deplorable estado a que he sido reducida, me hablan de ti con frecuencia.

Salgo lo menos que puedo de mi celda, a la que viniste tantas y tantas veces, y en ella contemplo tu retrato, que me es querido mil veces más que la propia vida.

Si algún contento recibo, le sucede una dolorosa tristeza, al flexionar que tal vez no haya de volver a verte.

¿Por qué fatalidad ha de ser posible que nunca más te vea?

¿Acaso me abandonaste para siempre?

Estoy desesperada...

Tu pobre Mariana ya no puede más...

Desfallece mientras termina esta carta...

Adiós, adiós...

¡Ten compasión de mí!

QUINTA CARTA

Esta es la última carta que te escribo; y espero hacerte comprender, por la diferencia de sus términos y de su estilo, que, por fin, me convenciste de que no me quieres y, por tanto, debo cesar de amarte.

Aprovecharé la primera ocasión para enviarte lo que me queda de ti... No te preocupes porque te escriba. Ni siquiera pondré tu nombre en el sobre.

Se encargará de todos los detalles doña Brites, a quien yo había acostumbrado a confidencias muy distintas de esta...

Su cuidado despertará menos sospechas que si de mí se tratase.

Ella usará todas las precauciones necesarias, a fin de poder asegurarme que recibirás los retratos y las pulseras que me diste.

Quiero, sin embargo, que sepas que, desde hace algunos días, me encuentro en situación de poder romper y quemar los recuerdos de tu amor, que tenía en grandísimo aprecio; te di a conocer mis debilidades y jamás me creerías capaz de esa extrema resolución...

Me complaceré así en la pena que sentí al deshacerme de ellos, y he de causarte al menos, algún fastidio.

Confieso, para vergüenza tuya y mía, que me sentía más ligada de lo que deseo confesar a esas naderías; vi que me eran de nuevo necesarias todas mis reflexiones para desembarazarme de cada una en particular, cuando ya me complacía el no sentirme inclinada a ti.

Pero todo se obtiene cuando ayudan a la voluntad poderosas razones.

Las entregué a doña Brites... ¡Cuántas lágrimas me costó esa resolución!

Después de mil consideraciones e incertidumbres, que tú no conoces y de las que no voy a darte cuenta, le pedí con las mayores instancias que no me hablase más de ellas; que no me las devolviese, aunque se las fuese a pedir para verlas por última vez, y que te las devolviese sin avisarme.

Sólo he llegado a darme cuenta de mi excesivo amor por ti después de que hice todos los esfuerzos necesarios para curarme de él; y creo que no me hubiese atrevido a intentarlo si hubiese previsto tantas dificultades y amarguras.

Estoy persuadida de que mis sufrimientos hubiesen sido menos desagradables, amándote, a pesar de lo ingrato que eres, que separándome de ti, en todo y para siempre.

Me di cuenta de que te quería menos que cuando estaba apasionada, y me costó excesivo trabajo combatir mi pasión, después de que tu bochornosa conducta me hizo odiosa tu persona.

La altivez propia de mi sexo no me ayudó a tomar estas resoluciones contra ti.

¡Ay de mí...!

He sufrido tus desprecios, habría soportado tu odio y hasta los negros celos que me ocasionase tu amor por otra; pues tendría al menos, alguna pasión contra la que luchar, ¡pero tu indiferencia me es insoportable...!

Tus impertinentes ofertas de amistad y los ridículos cumplidos de tu última carta, me hicieron saber que recibiste todas las que te escribí, que no despertaron afecto alguno en tu corazón, a pesar de que las leíste...

¡Ingrato...!

Pero es tanta mi locura, que me desespero por no poder alegrarme de que ellas no hubiesen llegado hasta ti o de que no te hubiesen sido entregadas.

Detesto tu franqueza.

¿Por ventura te pedí que me dijese, con tanta sinceridad, la verdad?

¿Por qué no me dejaste las ilusiones de mi pasión...?

Bastaba con que no me hubieses escrito; yo no quería ni tu claridad ni el engaño.

¿No es grande mi desdicha cuando veo que no te pude inducir siquiera a poner un poco de precaución para mantenerme en un dulce engaño? Y por esa mima razón, no sé cómo disculparte.

Entérate de que, al fin, percibo que eres indigno de todos mis sentimientos y que me doy cuenta de todas tus ruines cualidades.

Sin embargo, si todo cuanto hice por tu amor merece que le

prestes alguna tenue atención al favor que imploro, te conjuro a que no vuelvas a escribirme y a que ayudes a borrar por completo tu recuerdo.

Si de una manera leve me afirmases haber sentido algún pesar al leer esta carta, tal vez te creería; y tal vez tu confesión y tu acuerdo me causaran despecho e ira, y todo eso podría atizar de nuevo la llama en mí.

No te entrometas, por tanto, en mi conducta; echarías abajo mis proyectos, al pretender de cualquier forma intervenir en ellos.

No quiero saber el resultado de esta carta; no vengas a perturbar el estado para el cual me dispongo.

Me parece que ya puedes darte por contento con los males que me causaste, sea cual fuera la primera intención que hayas tenido de hacerme desgraciada.

No me prives de mi incertidumbre; merced a ella espero alcanzar, con el tiempo, alguna tranquilidad.

Te prometo que no te odiaré; desconfío mucho de cualquier sentimiento violento para atreverme a intentarlo.

Estoy persuadida de que encontraría en este país un amante más fiel... pero, ¡ay! ¿quién podría darme amor?

¿La pasión de otro llegaría a poseer la fuerza de absorberme...? ¿Qué poder tuvo mi pasión sobre ti?

¿No hice la experiencia de que un tierno corazón no olvida jamás a quien le hace descubrir arrebatos que no conocía y de los que era capaz?, ¿que todos sus afectos y movimientos están profundamente enraizados en el ídolo que erigió para adorarle?, ¿que sus primeras heridas no pueden ser cicatrizadas ni extinguidas?, ¿que todas las pasiones que le ofrecen ayuda y con todas sus fuerzas intentan llenarlo y contentarlo, le prometen en vano una sensibilidad que no ha de recuperar jamás?, ¿que todos los placeres que busca, sin deseo de encontrarlos, no sirven sino para convencerlo que nada le es tan suyo como el recuerdo de sus penas?

¿Para qué me hiciste conocer la imperfección y angustia de una pasión, que no ha de durar eternamente, y los infortunios que acompañan un ardiente amor, cuando este amor no es recíproco?

¿Y por qué causa una ciega inclinación y un cruel destino se aferran de ordinario a decidimos por aquellos que nos desaman, pudiendo haber sido capaz de otros amores?

Y aunque yo pudiese esperar distracción o recreo en un nuevo afecto, al encontrar un hombre sincero al cual amar, tengo tanta lástima de mí que sentiría mucho escrúpulo de arrastrar al más ínfimo de ellos al miserable estado a que tú me redujiste; y aunque

yo no tenga obligación alguna de halagarte, no podría resolverme a ejercitar sobre ti una venganza tan cruel, en el caso de que dependiese de mí, por una mudanza de ánimo que no preveo.

Procuró en la actualidad disculparte y comprendo perfectamente que una religiosa es, por lo general, poco deseada.

Sin embargo, me parece que si los hombres fuesen susceptibles de razonar al escoger, deberían antes enamorarse de ellas que de las demás mujeres.

Nada les impide el pensar constantemente en su pasión; ninguna de las mil cosas que en el siglo sirven de ocupación o diversión las distraen.

Me parece que no debe ser muy agradable el ver a las mujeres que aman distraídas con mil bagatelas, y que es preciso tener poca delicadeza para sufrir, sin una desesperada impaciencia, que hablen únicamente de reuniones, atavíos y paseos...

Ellos están expuestos de continuo a renovados celos, por venir sus mujeres obligadas a obsequiosas atenciones, a complacencias y a conversaciones interminables.

¿Quién puede asegurar que, en estas ocasiones, no sientan algún deleite, y que no sobrelleven los deberes de su estado con extremo enojo y sin buena disposición?

¡Ah! ¡Cuánto deben desconfiar de un amante que no les pide exacta cuenta de todo, que cree fácilmente, sin zozobras, lo que ellas les dicen y que con mucha tranquilidad y confianza las ven sujetas a esas obligaciones!

Pero no pretendo probarte con buenas razones que deberías de amarme. Esos recursos son pésimos y otros mucho mejores utilicé sin que de nada me aprovecharan.

¡Conozco demasiado bien cuál es la fuerza de mi destino para intentar vencerlo...!

¡Seré infeliz toda mi vida...!

¿No lo era mientras a diario te veía?

Moría con el temor de que no me fueses fiel.

Quería verte a cada instante, aunque no era posible.

Me perturbaba el riesgo que corrías al entrar en este convento...

No podía vivir mientras estabas en el ejército.

Me desesperaba el no ser más hermosa y más digna de ti.

Murmuraba contra la mediocridad de mi condición.

Sospechaba muchas veces que el amor que parecías sentir por mí pudiese de algún modo perjudicarte.

Juzgaba, a mi manera de ver, que no te amaba lo bastante; me atemorizaba el enojo de mis parientes contra ti.

Me encontraba en un estado tan lastimoso como este en que ahora me hallo.

Si me hubieses dado algunas pruebas de tu pasión desde que te ausentaste de Portugal, habría hecho todos los esfuerzos imaginables para salir de él y, disfrazada con otros trajes, ir a encontrarme contigo...

¡Ay! ¿Qué hubiese sido de mí si, después de llegada a Francia, no me hubieses hecho el menor caso?

¡Qué incongruencial! ¡Qué desatino! ¡Qué cúmulo de vergüenza para mi familia, que tan querida me es ahora que no te amo!

Bien ves que, a sangre fría, reconozco lo posible de haber llegado a ser todavía más infeliz y digna de conmiseración de lo que ahora soy y que al menos te hablo, una vez en la vida, razonablemente.

¡Cuán grata deberá serte mi moderación!

¡Qué contento estarás de mí!

No quiero saberlo.

Ya te pedí que no vuelvas a escribirme y de nuevo te suplico y te insto a que no lo hagas.

¿Acaso has reflexionado alguna vez sobre el trato que me diste?

¿No te viene al pensamiento lo mucho que me debes, por encima de todas las personas de este mundo?

¡Te quise como una local!

¡Cómo despreciaba todas las cosas!

Tu proceder no fue el de un hombre honrado...

Si no hubieses tenido una natural aversión hacia mí, me hubieses amado inconmensurablemente.

Me dejé seducir por cualidades muy mediocres...

¿Qué hiciste, en realidad, por agradarme?

¿Cuáles fueron tus sacrificios?

¿No corriste tras mil placeres?

¿Dejaste, acaso, por mí el juego y la caza?

¿No fuiste tú el primero en incorporarte al ejército?

¿No fuiste el último en volver de él?

Expusiste allí tu vida con locura, a pesar de haberte rogado que la cuidases por amor mío...

No pusiste los medios para establecerte en Portugal, donde eras muy querido.

Una carta de tu hermano te decidió a partir, sin la menor vacilación.

¿Y por ventura no me enteré de que durante el viaje conservaste el más alegre humor?

Forzoso es confesar que tengo la obligación de aborrecerte.

Yo misma acarree todas mis desgracias.

Desde el principio te acostumbré con harto candor a una pasión desmesurada, y es necesario un cierto artificio para ser bien amada.

Es necesario procurar con destreza los medios de inflamar: el amor, por sí solo, no llama al amor.

Pretendías que yo te amase y, como te habías formado ese designio, estabas resuelto a emplear todos los medios para conseguir tu intento, incluso amarme de veras, si fuese necesario.

Pero pronto te diste cuenta de que podrías salir bien de la empresa, sin dejarte arrastrar por mi amor y que esta pasión te era innecesaria.

¡Qué perfidia!

¿Crees que me engañaste impunemente?

Te prometo que, si en razón de algún acontecimiento fortuito hubieres de regresar a este país, yo misma te entregaré a la venganza de mis parientes.

Viví mucho tiempo en un abandono y en una idolatría que me horrorizan y mis remordimientos me persiguen con rigor insoportable.

Siento vergüenza por los crímenes que me hiciste cometer y me falta —¡ay de mí!— la pasión que me impedía conocer su enormidad.

¿Cuándo dejará de ser dilacerado mi corazón?

¿Cuándo me veré libre de este cruel embarazo?

Con todo, creo que no te deseo mal alguno y que me determinaría a consentir que fueses feliz.

Pero, ¿cómo podrás serlo, si tienes un corazón noble y bueno?

Quiero escribirte otra carta para demostrarte que dentro de algún tiempo podré estar más tranquila.

¡Qué gusto me dará, entonces, arrojarte a la cara tus inicuos proceder, después de que ya no me afecten, y de hacerte saber que te desprecio, que hablo con la mayor indiferencia de tu traición, que olvidé todas mis penas y placeres y que solamente me acuerdo de ti cuando de veras quiero recordarte!

Reconozco que llevas ventaja sobre mí y que me inspiraste una pasión que me hizo perder el sentido, pero no te debes vanagloriar de eso.

Era joven, era crédula, desde la infancia viví encerrada en el convento; no había visto aquí sino gente desagradable; jamás había escuchado las alabanzas que me dedicabas de continuo; me parecía que te debía los atractivos y la belleza que decías admirar en mí y que me hacías conocer; a todos oía hablar bien de ti; todos se expresaban a tu favor; tú hacías todo para despertar mi amor...

Pero, en fin, rompí este hechizo... Verdad es que tú me diste muy valioso auxilio y confieso que tenía de él suma necesidad.

Al enviarte tus cartas guardaré cuidadosamente las dos últimas, y las volveré a leer aún más veces de lo que leí las primeras, como precaución para no recaer en mis flaquezas. ¡Ah! ¡Qué caras me cuestan! y ¡cuán feliz hubiese sido si hubieses querido tolerar que te amase siempre...!

Sé muy bien que todavía me preocupo demasiado de tu infidelidad y de mis lastimeras quejas; pero recuerda que me he prometido un más tranquilo estado de ánimo y que he de alcanzarlo o tomaré en mi contra alguna resolución violenta, cuya realización conocerás sin excesivo disgusto...

Ya de ti nada quiero...

Soy una insensata al repetirte tantas veces las mismas cosas.

Es necesario dejarte y desviar de ti para siempre el pensamiento.

Creo que no volveré a escribirte...

¿Acaso tengo obligación de ofrecerte detallada cuenta de todos los inquietos movimientos de mi corazón?